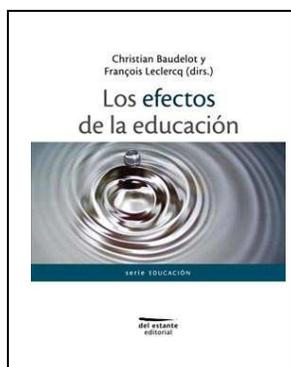


Baudelot, Christian y Francois Leclercq (dirs). Los efectos de la educación. Buenos Aires. Del Estante Editorial. 2008. 365 pág. ISBN: 978-987-1335-15-2

Reseñador: Juan Carlos Echeverri Álvarez *

Los efectos de la educación: una pregunta para la historia



Los efectos de la educación, *Les effets de l'éducation*, por su título original en francés, apareció en Francia en 2005. Su primera edición en español fue realizada por *El Estante Editorial* en el mes de septiembre de 2008. El libro es el resultado de un estudio encargado por el Programa Iniciativo de Investigación en Educación y Formación (PIREF) al sociólogo Christian Baudelot y al economista Francois Leclercq, quienes lo elaboraron en colaboración con Armand Chatard, psicopsicólogo; Boris Bobille, politólogo; y Elena Satchkova, historiadora.

Un trabajo, según palabras del propio Baudelot¹, elaborado precariamente en términos de recursos, para el cual, sin embargo, se conformó un equipo con la presencia de varias disciplinas para garantizar la diversidad de las miradas a la hora de enfrentar la pregunta por los efectos de la educación. Un equipo con el cual se pretendió, con excelente resultado, no eludir la complejidad del objeto abordado, evitar los reduccionismos y las explicaciones lineales en torno a la relación entre la educación y sus efectos. Es la constante del libro interrogar los datos sin encandilarse por los números con el riesgo de hacer una lectura plana; por el contrario, los autores mantienen una búsqueda sin envanecimientos ni conformismos que les permite, a la hora de interpretar los datos y de analizar las teorías, señalar los encubrimientos, las carencias y las limitaciones para explicar ciertos fenómenos. El libro es expresión de una sociología que no se conforma con frases hechas, ni con opiniones masivamente adoptadas como válidas; una sociología que dice más que los datos pero nunca algo que no pueda ser soportado por éstos.

* Hist. Mg. Ed. Profesor Universidad Pontificia Bolivariana. Grupo Pedagogía y Didácticas de los Saberes (PDS). juan.echeverri@upb.edu.co

¹ "Diálogos con Christian Baudelot". 20 de septiembre de 2008. Organizado por El Centro Franco Argentino de Altos Estudios de la UBA, con la colaboración del Centro de Estudios Multidisciplinarios (CEM). Buenos Aires.

La primera parte del libro comienza por reconocer la recién adquirida legitimidad de *los efectos de la educación* como nuevo objeto de conocimiento en los diversos terrenos de la disciplina económica, por cuanto *la materia gris* se convierte en la actualidad en un importante elemento de producción. Sin embargo, no es en la segunda mitad del siglo XX, en la escuela económica de Chicago, en donde se plantea por primera vez el asunto con todas sus dimensiones económicas, sociales y morales. Para el libro, la evidencia muestra que la pregunta por los efectos de la educación es tan vieja como la escuela misma, pero sus promotores republicanos se planteaban el asunto en términos menos matematizados y más accesibles que los posibles de desarrollar en la actualidad.

Aún más, existe identidad entre los propósitos de la escuela republicana en sus inicios y los que todavía en el presente se le endilgan, esto es, ciudadanía, igualdad y riqueza. En efecto, para los fundadores de la escuela republicana en Francia las funciones de la escuela consistían en transformar los comportamientos individuales mediante la transmisión de valores morales y ciudadanos que permitieran a los individuos gobernar sus vidas; debía, también, asegurar mayor igualdad entre los hombres y contribuir al desarrollo económico formando trabajadores calificados. En el mismo sentido, es fácil comprobar que ciudadanía, igualdad y riqueza en la actualidad continúan siendo los efectos esperados de la educación. La diferencia radica en que durante el siglo XIX se pensaba que la mera existencia de la escuela garantizaba tales efectos, mientras que actualmente éstos se miden. La idea, sin embargo, es idéntica: la escuela es una causa que produce efectos.

¿Cómo medir los efectos de la educación? La medición, según los autores, es algo común a las diferentes disciplinas sociales, sin embargo, plantea dificultades que están lejos de ser resueltas en el presente. No obstante, la economía es la disciplina que mejor ha constituido de los efectos de la educación un objeto claramente inidentificable; problema que, se reitera, es tan viejo como la escuela misma, no una creación de la economía. La sociología, a su vez, tiene desarrollos en el terreno de la movilidad social, la cual permite medir el efecto del capital escolar sobre el destino social; de igual manera sobre las desigualdades sociales a través de las cuales se pueden medir los efectos diferenciales del nivel escolar alcanzado sobre un gran número de prácticas y comportamientos. Por su parte, ni la historia ni la psicología abordan directamente la pregunta por los efectos de la educación, por lo cual, siendo indispensables, se debe trabajar con ellas en sentido diagonal, como unos soportes mediante los cuales se logran mejores explicaciones en términos de medición. Ahora, en ese campo difuso de la necesidad de medir los efectos de la educación emerge otra pregunta básica: ¿qué es la educación?

Hablar de educación es hablar de procesos de escolarización: de la escuela. En ella se deben tener en la cuenta diferentes indicadores: cantidad de años de estudio, diploma más elevado, rendimientos en pruebas de conocimientos, entre otros. Lo cierto es que diferentes mediciones arrojan siempre diferentes resultados. El marco institucional, por ejemplo, altera los resultados según se privilegie público privado, religioso, laico o militar; a su vez, los efectos de la educación sobre las dimensiones morales pueden diferir en diferentes circunstancias. Por tanto, los efectos de la educación no remiten a un paquete bien delimitado y uniforme que se presente como un listado específico; estos efectos se mezclan con variables como riqueza, género, industria, religión, entre otros. Lo que se atribuye a la escuela es, mejor, un efecto de transmisiones de capital cultural que se constituye en el seno de la familia, la religión y la comunidad.

Dicho lo anterior se puede anticipar una conclusión: la escuela es un factor necesario pero nunca suficiente. En la relación entre alfabetización y escolarización siempre aparecen indicadores positivos, pero la eficacia de la escuela no se puede estandarizar con base en ellos. Hoy es posible tomar mayor número de indicios relacionados con la eficacia de la escuela: niños que la abandonan,

frecuentación escolar, presentismo de los niños, resistencia de los padres, los métodos de enseñanza de lectura y de escritura. Con todo ello, un hecho se hace evidente: *“el triunfo de la institución escolar, medido por el grado de alfabetización de una determinada población, resulta principalmente de la armonía entre una voluntad política de escolarización, que puede emanar del Estado, de la iglesia o de cualquier otra autoridad, y la demanda social”*. No es la autarquía escolar la que produce efectos contundentes, hay que tener en la cuenta otros factores a la hora de hacer balances.

Pensar esta complejidad de los efectos de la educación ha sido posible, según los autores, por los desarrollos paralelos e independientes de la economía y de la sociología. Sus promotores, Gary Becker y Pierre Bourdieu. Ambos, lo cual no les vincula en ningún tipo de identidad, utilizan la metáfora del *capital* para designar los efectos de la educación sobre el individuo: capital humano y cultural, respectivamente. La dimensión educativa del primero (Becket) se limita a competencias profesionales y cognitivas, a conocimientos relativamente objetivables; es una realidad a la vez individual y colectiva que caracteriza el valor del individuo en el mercado de trabajo, pero también puede ser considerado un factor de producción a escala social. El capital cultural (Bourdieu) se constituye por disposiciones y posturas, por *habitus*, entendidos como gramáticas generativas susceptibles de engendrar conductas adaptadas a nuevos contextos. Es, además, un atributo distintivo de los individuos.

La metáfora ayuda a encuadrar los efectos de la educación. Humano y cultural son capitales que producen efectos específicos diferenciados de otros capitales tales como el capital físico. Sea capital humano o cultural, estos se adquieren, se acumulan, se amortizan, se transmiten, se deprecian o valorizan. Es una cantidad móvil que no se adquiere de una vez y para siempre. Se adquiere de diversas formas: trabajo escolar, herencia o desempeño laboral, y puede transmitirse en la familia, la escuela o la empresa. Después del período de formación, el capital puede utilizarse como beneficio y otorgar a quien lo detenta ingresos materiales y simbólicos, pero también puede depreciarse en relación con la incapacidad individual o las circunstancias sociales. En cuanto capital, entonces, se requiere de esfuerzos para adquirirlo y mantenerlo, lo cual, en términos de preguntas, permite formular mejor la que atañe a los efectos de la educación.

Así, por ejemplo, ciertas profesiones hacen crecer el capital inicial, otras lo dejan en reposo o le hacen declinar. Las prácticas culturales que crecen con la elevación de rango del diploma, ¿pueden ser consideradas como simple consumo o también son formas de inversión que aquilatan el capital inicial? La respuesta mostraría enormes desigualdades en diferentes contextos. La escritura y la lectura, por ejemplo, capital adquirido desde la escuela y que aumenta con la formación, puede anquilosarse y perderse en profesiones que las desestimulan o inhiben. Es un capital que por falta de ejercicio se estanca y se deprecia, por lo cual se debe estudiar en su relación con diversos factores y no imputando a la escuela la totalidad de sus efectos.

Con base en la anterior aclaración, el libro va a mostrar investigaciones en torno a los efectos de la educación en diversos aspectos de la sociedad. El libro está estructurado en seis partes. Empero, sería inútil tratar de seguir linealmente los trabajos que él compendia y comenta. Baste, pese a que el índice en español no es tan completo como el de su versión original en francés, una referencia al contenido para dar una idea de los elementos que comporta la pregunta por los efectos de la educación: socializaciones: cultura y culturas; niveles de vida: los efectos del capitalismo sobre los ingresos individuales; jerarquías: la educación produce nuevas jerarquías sociales; la educación produce igualdad y desigualdades; familias: los efectos de la educación sobre la formación y el funcionamiento de los hogares; los efectos de la educación sobre las inversiones en capital humano de las parejas; política: educación y comportamientos electorales; los efectos de la escolarización sobre las actitudes sociopolíticas.

Como muestra de la argumentación, expresión de la totalidad del libro, se toman dos aspectos fundamentales. La primera parte, *socializaciones*, comienza con el apartado *cultura y culturas*, en el cual anuncia un hecho conocido pero poco analizado con estudios adecuados: el primer efecto ejercido por la enseñanza escolar es de orden cognitivo. La escuela proporciona a los alumnos categorías mentales, formas elementales de clasificación, herramientas intelectuales que les permiten dar sentido a sus contextos y reconocerse entre sí como miembros de una comunidad. Acción de la escuela emparentada con el lenguaje en el cual se apoya al mismo tiempo que lo amplía para cada estudiante. El lenguaje, perfeccionado en la escuela, impone el pensamiento y las interpretaciones del mundo. En la escuela los niños y jóvenes reciben marcos intelectuales y sociales para descifrar el universo, afirmar su propia existencia y desarrollar formas de actividad intelectual autónoma.

Con tal presupuesto, y con base en autores como Jack Goody, Pierre Bourdieu y E. Durkheim, el libro actualiza la evidencia según la cual uno de los mayores efectos de la educación es la integración lógica; aunque reconoce la carencia de trabajos que certifiquen el alcance y eficacia de esa integración. No obstante, es propio de la escuela dotar de programas intelectuales comunes que funcionen como gramáticas generativas capaces de inventar nuevos pensamientos, conforme con el espíritu de los pensamientos precedentes. Pero también dota a los alumnos de una cultura escolar común obtenida en la socialización sincrónica de los niños. En efecto, una cantidad creciente de niños y de jóvenes están, a la misma edad y al mismo tiempo, en la escuela o el colegio, por lo cual lo que allí pase tiene un efecto sobre la sociedad: por ejemplo, la escuela transforma duraderamente los *habitus* iniciales de sus estudiantes.

Los efectos de la educación, en el sentido básico de la socialización, están comprobados intuitiva y empíricamente, es decir, la escuela tiene efectos: puede pensarse que *hace poco, pero hace*. Ayuda a constituir lo individual y lo colectivo. No es una relación lineal entre escuela y sociedad sino mediada por clases, contextos, familias. Pero corresponde a los individuos continuar valorizando el capital escolar colectivo acumulado. Depende del equipamiento personal, no de la escuela, explotar de la mejor manera ese capital. Empero no sólo de ellos, también, de los contextos sociales y de la voluntad política de hacer que la escuela produzca efectos no sólo medibles, sino predecibles, en tanto se planean y se le otorga las condiciones para conseguirlos.

La pregunta por los Efectos Liberadores de la escuela, segundo aspecto, cuenta con el insumo que acabamos de referir: la escuela modifica de forma duradera las actitudes y los valores de los alumnos. Con base en ello se abordan investigaciones psicosociales que ven un efecto liberador beneficioso asociado al aumento del nivel de estudios. Se entiende por efectos liberadores: “*el aumento de las competencias de autoestima y, al mismo tiempo, a la disminución de los prejuicios en cuanto valoración negativa de extranjeros, minorías o categorías populares*”. El hecho establecido, defendido por muchas posturas, es que la escuela aumenta las aptitudes y disminuye los prejuicios, es decir, la escuela y la educación liberan.

Los cuestionamientos a esa teoría vienen de un paradigma teórico elaborado desde los años 70 por sociólogos en Estados Unidos y Francia, entre ellos, el mismo Baudelot. Paradigma calificado de *radical* o de *ideología dominante*: éste cuestiona el carácter meritocrático de la sociedad y la contribución del sistema escolar en la instauración de una mayor igualdad de oportunidades. En lugar de transmitir orientaciones esenciales al funcionamiento de una sociedad democrática, el sistema de enseñanza tiene como función asegurar la dominación de un grupo sobre otro. La función alternativa de la escuela sería legitimar las desigualdades entre los grupos sociales. Es una adscripción a la tesis de la reproducción que habían iniciado Bourdieu y Passeron en 1970, según la cual la educación perpetúa las desigualdades sociales.

Supuestamente, la escuela hace a los individuos más receptivos a la ideología dominante, entendida ésta como el conjunto de creencias que legitiman y justifican el mantenimiento del sistema. Se alega, por ejemplo, que los más instruidos no son más tolerantes que los menos instruidos, sino más hábiles en la defensa del interés de su grupo. Y, por tanto, suscriben la creencia en un mundo más justo porque legitima indirectamente su propia posición en la sociedad. El libro muestra que la tesis aceptada del efecto liberador de la educación, por lo menos en lo tocante a los prejuicios, no es tan obvia y, por el contrario, algunos estudios dan la razón a la teoría de la ideología dominante. Algunos trabajos demuestran que las respuestas a escala de prejuicios están sesgadas y no reflejan actitudes reales por cuanto el nivel de instrucción de quienes responden permite reconocer mejor la norma y presentarse como respetuosos de ésta. La instrucción posiblemente no disminuya los prejuicios, pero brinda las herramientas para disimularlos mejor en relación con las corrientes de lo que es políticamente correcto decir.

En relación con estos temas, el libro concluye que los efectos de la educación son numerosos: se encuentran en una dimensión cognitiva pero también en el ámbito de algunas actitudes y valores. Cuando se abordan actitudes intergrupales la educación parece tener un efecto liberador cuando se consideran varios campos de estudio; empero, no pasa lo mismo cuando se abordan los diferentes campos por separado. Es más, ni la teoría de la ideología dominante, ni la de los efectos liberadores sirve para proponer explicaciones generales más allá de sus propios campos. Por lo cual la mejor recomendación del libro, que no es poco, es hacer otras investigaciones en relación con el tema.

El libro cierra con un breve apartado denominado *sugerencias*. Dos aspectos a resaltar del cierre: El primero se enmarca dentro de una frase que muestra una consideración que atraviesa la totalidad del libro: *la felicidad de unos es la desdicha de otros*. Los efectos de la educación presentan esas paradojas que le son inherentes, por ejemplo: cuando la calidad aumenta, las desigualdades se profundizan; cuando se habla de procesos educativos durante toda la vida se evidencian procesos de desescolarización para menores de 16 años, pero son efectos que están asociados a variables diversas. El peso específico de la escuela es, según los autores, débil.

Los efectos de la educación raramente son autónomos, siempre van asociados a otros factores económicos y sociales. La acción de la educación es mucho más eficaz cuando otras fuerzas la acompañan: implementación de una ideología de Estado o de política social encaminada a reducir las desigualdades, coyuntura política o económica, creación de empleos y desarrollo de nuevas tecnologías. Baudelot lo dijo con toda claridad: el libro como tal, él como sociólogo y las teorías que ha defendido, están al servicio de una convicción republicana: que se pueden lograr todavía mayores cotas de igualdad en el mundo. La educación es un instrumento para lograrlo, pero no se puede dejar sola.

El segundo, destacar un elemento con el cual el autor de la reseña quiere tocar a los historiadores de la educación: se debe abandonar la tendencia académica y política al fenómeno de *escuela-centrismo*. Aprovechar la globalización para hacer investigaciones comparativas, internacionales, interdisciplinarias. Más aún, hay que restituir la escuela a los contextos sociales, políticos, culturales en los cuales se inscribe y con los cuales entabla relaciones para producir formas de lo social y de la cultura. A veces los historiadores de la educación, ellos mismos educadores, han pensado la historia como un instrumento de posicionamiento social, de consolidación de la disciplina pedagógica, del estatuto del maestro, han olvidado pensar la educación y la escuela en términos de sus efectos en la sociedad. Sea este libro acicate para permitir un giro en las preguntas sobre la educación y la escuela en Colombia.

Comentario final

Pese a la calidad disciplinar del libro, y tal vez por ella, algunas personas se sientan abrumadas por la densidad del texto que con el transcurrir del tiempo aumenta su peso hasta hacer difícil mantener una lectura atenta. No hay tal, el sobrepeso es la consecuencia de la forma indebida en que se acomoda la carga. Este libro, por supuesto, es una unidad que puede ser leída en forma lineal de principio a fin. Así, es innegable que quien no tiene interés profundo en ello puede sentir cierta repetición metodológica, explicativa y conclusiva. Es importante repetirlo, el libro es un informe, un exhaustivo estado del arte. Así, lo anterior no acusa un defecto estructural, expresa una condición que le es constitutiva. Por eso es un libro ideal para abordar diversos aspectos en relación con los efectos de la educación, los cuales, aunque inextricablemente articulados, guardan relativa independencia en la lógica argumentativa planteada.

Es un libro necesario de consulta. Ayuda para investigadores que ven aumentar prodigiosamente los textos en los campos de la sociología, la economía, la historia o la psicología en relación con los efectos de la educación. En él, noveles investigadores encontrarán referentes fundamentales para evitar rodeos por la periferia de las discusiones, por la red sin fin de comentarios que impiden llegar al centro de las discusiones. En este sentido, se tiene una guía de abordaje de diferentes problemas y, al mismo tiempo, una invitación para entrar a interlocutar con lo allí expuesto. Es un libro para políticos que toman decisiones en torno a la educación y la sociedad; pero también, por supuesto, es un libro para investigadores, es decir, las personas que se encargan de profundizar y de enunciar aquellos problemas sobre los cuales aquellos políticos están obligados a intervenir.

Por otro lado, como modelo metodológico es excelente en comunidades de formación de docentes y, más en general, de universitarios en todos los niveles que, infortunadamente, en la premura de las metodologías de la investigación y de las tesis de grado, nombran como estados del arte precarios balances bibliográficos que no dan cuenta del estado de la cuestión en relación con una problemática en términos de preguntas específicas y de las diversas relaciones que ésta teje. Es un libro formador porque es riguroso en su metodología, en la exposición de los hallazgos y, mucho más, en el reconocimiento de las limitaciones para explicar diversos efectos de la educación en la sociedad.

Por tanto, es un material universitario privilegiado. Un trabajo sin soberbias intelectuales, medido e, inclusive, como lo dice el autor, modesto. No es una defensa a ultranza de la sociología como disciplina explicativa; ni de la reproducción como el enfoque mejor provisto para explicar los fenómenos educativos en la sociedad. Por el contrario, sin declinar en las posiciones teóricas, comprende que ninguna teoría, por eficaz que parezca, es suficiente por sí misma para explicar los efectos de la educación en una sociedad compleja. Lo que no puede perderse de vista es que es un informe. Por tanto, tiene los límites y las posibilidades que tal cosa representa. En palabras de Baudelot: un balance de estudios sobre el tema, un censo sin innovaciones pero exhaustivo, lo cual no es desmentido por las más de 800 referencias de una bibliografía responsablemente estudiada. No obstante esa modestia, seguramente las lecturas que se hagan de texto superarán los límites de un estado del arte en el sentido más esquematizado del concepto.

Por último, los efectos de la educación es, según los autores, un tema engañoso, porque establece *a priori* una relación lineal entre una causa (la educación), y sus efectos (conjunto variado de la realidad económica y social). Y si bien en algunos casos esa relación causal se presenta con claridad (por ejemplo, nivel del diploma y desocupación), en otros casos esa relación no es tan clara como por ejemplo en el caso del aprendizaje de la escritura y la lectura que, se considera, facilita el acceso de los individuos y de la sociedad a nuevos grados de desarrollo. Ello podría hacer pensar que el uso de la escritura hace parte de una dominación simbólica de organizaciones políticas para la

dominación. Empero, se ha demostrado que tal cosa no es clara porque existen diferentes formas de apropiación de esos símbolos en la sociedad.

Por ello, el libro llama la atención sobre el peligro de asumir un enfoque determinista: no se puede simplemente suponer que la lectura y la escritura se traduzcan en efectos lineales y continuos de desarrollo. Tampoco suponer que los efectos de la educación se puedan presentar en términos de un progreso ascendente de la igualdad y la democracia. La evidencia que queda de la lectura del libro es que la escuela, por sí misma no hace mucho, pero hace. Hay efectos, por supuesto, pero no todos se parecen tanto a los ideales de los padres de las repúblicas.

